

LA CRISIS EN ARGENTINA*

Flabián Nuevas

RESUMEN

Las luchas del proletariado y subproletariado argentino desde los años noventa deben ser leídas en el marco de una recomposición de las clases, a partir de la nueva etapa capitalista, que en Argentina ha tenido uno de los "modelos" del llamado neoliberalismo en América Latina. En dicho marco la clase obrera se ha rearticulado en la situación de mayor subordinación del último medio siglo. Ello la ha hecho perder centralidad política, cediendo este lugar a la clase media. La crisis de diciembre expresa la inviabilidad política de la clase media y la ausencia política de la clase obrera, en un contexto de fuerte lucha interburguesa. La perspectiva es de mayor descomposición social, por la incapacidad de constituir un proyecto político alternativo al "neoliberal" que sea capaz de incluir y dinamizar a la clase obrera.

ABSTRACT

The struggles of the Argentinian proletariat and subproletariat have to be read as part of a recomposition of classes, starting with new stage of capitalism: Argentina has been one of the "models" of the so-called neo-liberalism in Latin America. In this context, the working class has been rearticulated and is now in a situation of greater subordination than at any time in the last century. This has made it lose political centrality, ceding that position to the middle class. The crisis of December expresses the lack of political viability of the middle class and the political absence of the working class, in a context of fierce inter-bourgeois struggle. The prospect is for greater social decomposition, in the face of the incapacity to constitute an alternative political project which would be able to include and dynamise the working class.

*Agradezco la lectura y los valiosos comentarios y sugerencias que realizó sobre este artículo la Lic. Mariana Maañón, con los que el mismo se vio muy enriquecido.

En diciembre de 2001, bajo una imagen tumultuosa y desordenada, ocurrieron dos hechos en Argentina: cayó el gobierno real, por un golpe de mercado, y cayó el gobierno formal, por un golpe de cacerolas. Una abrupta retirada de depósitos del circuito financiero consumó la iliquidez que la recesión había evidenciado; fue la forma con que los poderosos se desembarazaron de su criatura: Cavallo. Dos días después, con saqueos generalizados, 23 muertos y un presidente marcadamente autista, la clase media, golpeando cacerolas, se desembarazó de su criatura: De la Rúa.

Fue la forma en que eclosionó una configuración capitalista de más de una década, basada en un programa "neoliberal" -que no se circunscribe únicamente a lo económico-, de la cual la clase media fue un vehículo destacado, aunque no su mentor ni su beneficiario, y la clase obrera su principal víctima.

El desmoronamiento económico fue de la mano con la descomposición política. Enfatizo esto último, ya que no se trata del desgaste de un gobierno, sino de un fenómeno más intrincado, profundo e interesante: el resquebrajamiento de la conciencia burguesa en vastos sectores sociales, con la consiguiente crisis de dominación política. Este fenómeno tuvo una primera manifestación clara en las elecciones parlamentarias de octubre de 2001: los votos en blanco y anulados (alentados desde algunos medios de difusión) fueron la tercera expresión electoral, sumando casi cuatro millones (el peronismo fue la primera, con 5.5 millones de sufragios).² Tal fenómeno ha ido profundizándose de distintas maneras; desde la caída de De la Rúa se multiplicaron las hostilidades a políticos,³ se popularizó la consigna "*que se vayan todos*" (los políticos), se propagaron algunas formas colectivas extra y antiinstitucionales como las asambleas barriales, etcétera.

Este cuadro de descomposición política, que abarca a los tres poderes -el desprestigio de la justicia alcanzó su punto histórico máximo- no es un fenómeno de coyuntura, sino -como argumentaré- manifestación de la recomposición política de las clases en el último cuarto de siglo.

Para situarlo bosquejaré brevemente la historia política de las clases en el último medio siglo.

1. LA HISTORIA

CLASES Y PARTIDOS EN ARGENTINA DESDE 1950

El sistema político argentino de la segunda mitad del siglo se estructuró en dos partidos mayoritarios legales, y un partido que vulneraba la legalidad para gobernar. Estos tres partidos tenían composiciones sociales distintas, pero un elemento común: la dirección burguesa de los mismos.

El peronismo, de carácter nacional populista durante su primera época (desde 1945 hasta los años 1960-70), fue desde entonces la expresión política mayoritaria de la clase obrera. Hubo periodos, incluso, en los que ésta disputó la conducción del movimiento.⁴

La clase media urbana se expresó a través del radicalismo (UCR, partido liberal, con alas que abarcan del reformismo al conservadurismo). Y la burguesía, con el partido militar.⁵ La izquierda, de escaso alcance, se nutrió fundamentalmente de intelectuales, con las excepciones que veremos.

Esta ecuación se modificó, en parte, en el último lustro de los años sesenta y el primero de los setenta, en el marco de una importante radicalización que atravesó toda la sociedad. Los sectores obreros de las industrias más desarrolladas, especialmente la metalmecánica aunque no sólo ella, fueron permeables a la izquierda.

Las mayores experiencias clasistas ocurrieron en la provincia de Córdoba y luego en el cordón industrial que se asentaba a la vera del río Paraná, hacia el sur de Rosario hasta el norte de Buenos Aires, que se le conoció como "Paraná rojo". El otro sector de gran desarrollo insurgente fue en Tucumán, sobre base social de proletariado rural. Concurrentemente, la clase media intelectual nutrió el populismo radicalizado, expresado primordialmente por Montoneros, la mayor organización político/militar de la época.

Este mapa fue drásticamente reorganizado por la última dictadura militar (1976-83), cuyo saldo visible fueron 30 000 desaparecidos, pero cuyas huellas se encuentran hasta en el fenómeno que estamos analizando.

EL "PROCESO DE REORGANIZACIÓN NACIONAL" Y LA RECOMPOSICIÓN
POLÍTICA DE LAS CLASES

"Proceso de Reorganización Nacional" fue la autodenominación que se dio la dictadura. Casi veinte años después de culminada seguimos descubriendo la profundidad y los efectos de la misma. Describiremos sucintamente alguno de ellos en referencia a las principales clases sociales.

La clase obrera. Pese a que no hay argumentos sólidos para sostener que el golpe de Estado de 1976 fue contra el avance de la clase obrera,⁶ sí puede afirmarse que la derrota de la insurgencia a mediados de los años setenta -que culminó con el golpe- los pagó, con creces, dicha clase. Con la instauración de la dictadura militar encabezada por Videla, la clase obrera sufrió una enorme regresión en sus ingresos, a la vez que se acrecentaba enormemente la productividad,⁷ con sus derechos restringidos en todos los órdenes, pero especialmente los políticos y los laborales.

Con la fuerza de las armas y la complicidad de gran parte de las fuerzas políticas tradicionales,⁸ el gobierno militar no sólo doblegó a la clase obrera, sino que impuso las condiciones de reconstitución de la misma, a través de la recomposición del capital. Se echaron las bases económicas de lo que tres lustros después se popularizaría con el rótulo de neoliberalismo. Se privilegió y sobredimensionó el sector financiero, sostenido por un tipo de cambio ficticiamente bajo, y se propició el fácil endeudamiento externo. Con la excusa de la modernización se eliminaron trabas arancelarias, se sustituyó progresivamente la producción nacional, asfixiándose al sector de pequeñas industrias, que era parte del sustento político del peronismo. Esto coadyuvó a una mayor baja de salarios, en una mayor productividad y empeoramiento de las condiciones laborales.

La burguesía. Durante la dictadura militar, la burguesía argentina perdió todo carácter de "nacional". Los grupos más dinámicos se transnacionalizaron y se diversificaron, articulándose con el sector financiero.⁹ Los grupos que no alcanzaron a reconvertirse paulatinamente fueron perdiendo posiciones hasta ir cayendo y lentamente perdiendo toda

cuota de poder.

La reconversión de la burguesía implicó una dura lucha intestina, no sólo económica; también militar. Con la impunidad que otorga el terror se cometieron cientos de ilícitos que aceleraron esta reconversión.¹⁰

Los alcances de la misma y sus efectos, como ocurre en todo proceso histórico, quedaron fuera de la previsión de los ejecutantes. De modo que la consecuente reconversión de las clases no fue objeto de direccionamiento alguno.

Al calor de la preeminencia del sector financiero surgió una fracción de clase media que acompañó y dinamizó política e ideológicamente el nuevo ordenamiento social.

La clase media. La clase media es particularmente importante en Argentina. Más que por su extensión -sin dudas la más vasta de América Latina-, por su relevancia simbólica; es la clase de referencia. Mientras que muchos sectores burgueses se definen como de clase media "acomodada", para la clase obrera es la meca de sus aspiraciones. Durante el ascenso de masas que se produjo desde 1969, acompañó dignamente a la clase obrera, dotándola de cuadros dirigentes y sumándose a la lucha contra el gobierno dictatorial, y aun contra el régimen.

Cuando las condiciones políticas variaron tras el regreso de Perón, la clase media adoptó una actitud más conservadora, coadyuvando al aislamiento de los sectores revolucionarios que ella misma había ayudado a constituir y desarrollar.

Luego del golpe de Estado fue el grupo social más receptivo al amedrentamiento -en el que mejor funcionó el "no te metas", frase que resume su actitud durante esos años frente a la represión ilegal-. Como uno de los efectos de terrorismo político estatal, en los hechos redefinió sus intereses y se deslumbró con el consumismo fácil que le propuso el modelo económico impuesto por la dictadura que desalentó fuertemente la producción local, sustituyéndola por importaciones masivas. Esta época fue conocida como la de la "plata dulce" (dinero fácil) y fue la clase media la que recorrió el mundo dilapidando dólares, dando aire político a la dictadura. El endeudamiento externo generado fue socializado, sobre finales de la dictadura, por Domingo Cavallo, entonces presidente del Banco Cen-

tral, transformando en pública la deuda privada, operatoria por la cual los intereses privados comenzaron a regir la agenda pública.

LA DEMOCRACIA Y EL NUEVO MAPA POLÍTICO DE LAS CLASES

Ante las crecientes dificultades económicas y la incipiente oposición, que se plasmó el 30 de marzo de 1982 con una gran movilización de protesta, la dictadura ideó una "fuga hacia adelante" alocada y se embarcó en una guerra suicida a la que intentó darle el carácter de antiimperialista. Tras la derrota militar, golpeada y acorralada, convocó a elecciones. La vieja clase política renovó sus trajes y se lanzó al ruedo. Pero las clases, y sus relaciones entre sí, ya no eran las mismas que hasta 1976.

La victoria electoral de la UCR, el partido de la clase media, mostraba que la composición política estaba variando.¹¹ No se trataba de una disminución de la clase obrera, sino de un nuevo mapa político de las clases, en el que la clase media apareció con una incidencia mayor a la de antaño.¹²

El gobierno de Alfonsín, digno representante de la clase media, hizo las cosas a medias. Juzgó a las Juntas militares del Proceso, pero dictó la impunidad del resto de los miembros que habían perpetrado delitos de lesa humanidad. Con esto judicializó el conflicto político del pasado, y politizó el conflicto judicial del presente. Tomó distancia del Fondo Monetario, pero no se atrevió a repudiar la deuda externa ilegal e ilegítima. Intentó favorecer el desarrollo capitalista, regulándolo desde el Estado, pero en alianza con sectores burgueses concentrados cuya existencia chocaba con el tipo de Estado de bienestar que era el modelo alfonsinista.

La burguesía -la historia lo demostraría- necesitaba decisiones rápidas y radicales. Por entonces el gran capital se lanzaba sobre el Estado. Subordinada a los negocios del Estado -hasta entonces, y aun después, los mejores negocios fueron los contratos estatales-, ya había acumulado el poder político y económico suficiente como para deshacerse del mismo: de condición para la acumulación, el Estado fuerte de entonces pasó a ser obstáculo para la misma. Se lanzó una fuerte ofensiva psicológica e ideológica a favor de las privatizaciones.¹³ La dubitación de Alfonsín sobre esta cuestión fue lo que aceleró su caída mediante un golpe de Estado económico. Su tibio programa de privatizaciones generó el rechazo tanto

de privatistas como de antiprivatistas. Una crisis de iliquidez fue el escenario para el golpe final: los exportadores no liquidaron sus divisas y se desató la hiperinflación (4 923.3 % para el año 1989, superando el 120 % en el mes de mayor inflación) que determinó la dimisión de Alfonsín seis meses antes de culminar su mandato.

LA DÉCADA DEL MENEMISMO

*La historia se repite dos veces,
una como tragedia, la otra como farsa...*

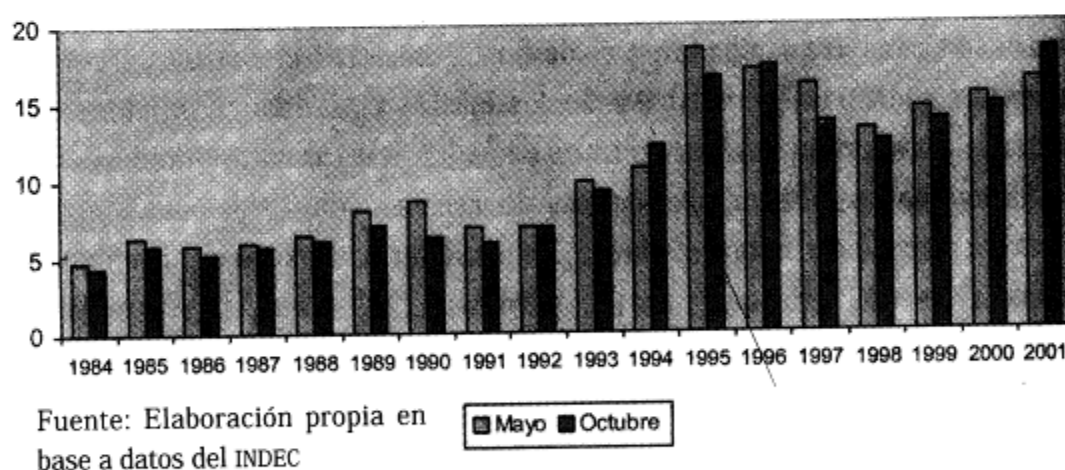
La llegada de Menem al gobierno estuvo signada por ese golpe de mercado. Menem, con estilo caudillista, había concitado la amplia adhesión de la clase obrera. Su gobierno, sin embargo, fue el modelo más acabado e impúdico de capitalismo financiero -que se ha dado en llamar neoliberalismo, cuando poco tiene de liberal-. Con energía y decisión impulsó a fondo todas las políticas que había desarrollado la dictadura, aunque con mayor audacia. Privatizó las empresas públicas, derogó los estatutos laborales,¹⁴ ahogó las economías regionales, desalentó fuertemente la producción mediante un tipo de cambio que a la larga se demostró insostenible, se alineó con los intereses de los EUA y destruyó todo vestigio de legalidad ignorando al Parlamento y avasallando a los sectores de la Justicia que no se doblegaron a sus lineamientos. El impulso decisivo para esas políticas lo dio Domingo Cavallo, cuando abandonó su puesto de canciller para convertirse en ministro de Economía. Él fue quien ideó y plasmó el plan de convertibilidad, según el cual el peso argentino era convertible en dólares en una relación uno a uno. Su gran logro fue atenuar temporalmente la inflación.

Los efectos de esta política fueron diferenciales en las distintas clases sociales. La burguesía lo acompañó y respaldó durante su primer gobierno y parte del segundo. El descrédito general hizo que esta clase tomara distancia del caudillo riojano. Lo que restaba hacer ya no podía realizarse de la misma manera. Menem creó nuevas condiciones de acumulación vulnerando la legalidad. Se necesitaba ahora una nueva legalidad, acorde a esas condiciones de acumulación.

La situación de la clase obrera empeoró notablemente. Desde 1993 se disparó la tasa de desempleo (véase gráfico 1), no descendiendo desde ese momento de los dos dígitos. También se acentuó la regresión de los ingresos de los asalariados,¹⁵ y empeoraron manifiestamente las condiciones de trabajo. Este debilitamiento se reflejó en una notable merma en la sindicalización, que afectó a los mayores gremios -en especial a los metalúrgicos y los metalmeccánicos-, y cristalizó en la división de la central obrera (única hasta ese momento en las postrimerías del gobierno de Menem). Como contraparte, creció un nuevo sector de proletarios; los proletarios precarizados -con menores salarios y casi sin derechos laborales-, tanto en el mercado formal como en el informal.

Tremendo avance sobre las posiciones de la clase obrera no ocurrió armoniosamente. Esta clase presentó batalla, pero en un contexto de aislamiento político sus huelgas fueron derrotadas sistemáticamente; las más importantes fueron dos huelgas ferroviarias, de más de dos meses de duración entre ambas.

GRÁFICO 1
TASA DE DESOCUPACIÓN



La extrema debilidad de la clase obrera -estructural y política- se reflejó en las elecciones de 1995: Menem ya había arrasado con casi todas las conquistas históricas de la clase, y aun así resultó reelecto. Elocuente demostración de la carencia de un proyecto político alternativo para la clase. No debe minimizarse, empero, el efecto de la campaña terrorista lanzada en torno a la idea "estabilidad o hiperinflación".

Por su parte, la clase media rápidamente enarboló como propia esa ideología, nuevamente fascinada por la posibilidad de consumo de bienes y servicios suntuarios. Los comunicadores sociales del "neoliberalismo", antes marginales en audiencia, pasaron a encabezar las preferencias del público radiotelevisivo. Denotativo de este cambio fue el resultado de las elecciones presidenciales de 1995; Menem, que ya había desplegado su programa "neoliberal", obtuvo más de 40 % de los sufragios, mientras que Horacio Massaccesi, candidato de la UCR, sólo alcanzó el tercer lugar con el 15 %, detrás de una coalición neoperonista: el FREPASO.¹⁶ La pequeña burguesía abandonaba a su partido. Pese a que tres lustros antes se habían comprobado las consecuencias de esas políticas, no pareció importar el ineluctable resultado de las mismas.

La pobreza se esparció rápidamente. De índices de un dígito, hasta inicios de la década de los noventa, ha trepado aproximadamente el 45 % en 2001.¹⁷ La acelerada regresión en la distribución del ingreso alcanzó niveles inéditos: entre el 10 % más rico y el 10 % más pobre, la diferencia de ingresos es de 28 veces.¹⁸

Esta regresión en la distribución de la renta fue abarcando, progresivamente, a la clase media. La sobrevaluación monetaria se sostuvo durante los primeros años con el ingreso obtenido por la privatización de los activos nacionales -privatización de las empresas públicas-. El progresivo agotamiento de estas reservas fue mellando la capacidad de consumo de la clase media, cuyos sectores más bajos descendieron vertiginosamente.

En la última mitad de los años noventa aparecieron dos fenómenos, diferenciados por clases: las primeras convulsiones sociales de los últimos treinta años, protagonizadas por obreros desocupados -a esta altura, desocupados estructurales- que surgieron en sitios geográficamente periféricos -particularmente en la Patagonia y la región norte del país-, lugares que habían tenido un fuerte desarrollo capitalista, abandonados ahora por el capitalismo financiero.¹⁹ A fines de 1993 hubo una secuencia de motines, el último y más importante de los cuales ocurrió en Santiago del Estero.²⁰ A partir de entonces comenzaron, lentamente, a generalizarse -combinados con una forma específica de lucha- los *cortes de ruta*.²¹ El otro fenómeno, más difuso, fue el lento viraje político de la clase media:

junto al descenso en las posibilidades económicas fueron ganando espacio entre la opinión pública²² los escándalos de corrupción.²³ Pareciera encontrarse una correspondencia inversa entre la estrechez del bolsillo y la apertura a la crítica.

La clase media codificó esta nueva realidad en su particular marco ideológico, focalizando como problema medular lo que no es sino un efecto del patrón de acumulación del capitalismo financiero: la corrupción.²⁴

LA SANTA ALIANZA

La pequeña burguesía, con su discreto encanto, no sólo elaboró un problema. Fue más allá e inventó su "solución": la Santa Alianza.

En las elecciones parlamentarias de 1997 debutó una coalición entre el FREPASO y la UCR, conocida como la Alianza. Pasado el primer test (obtuvo 45.7% frente a 36.1% del PJ) la Alianza se presentó, en el marco ideológico pequeñoburgués, como la solución a todos los problemas (la lista de "todos" los problemas estaba encabezada, holgadamente, por la corrupción; el resto aparecía, de alguna manera, como problemas asociados o efectos de la misma). Quedaba implícito que con la eliminación de la corrupción se reactivaría la economía.²⁵

Pese a explicitar que no cambiaría el rumbo económico, De la Rúa obtuvo 48.5% de los votos, contra 38% de respaldo que tuvo Duhalde y 10.2% de Domingo Cavallo (este último, candidato de la alta burguesía).

El fracaso de la Alianza fue tan anunciado como temprano. Dado que no era su intención tocar los pilares de la economía "neoliberal" era previsible su fracaso. A los pocos meses de asumir, el nuevo gobierno se vio envuelto en un escándalo de corrupción. Un sector del gobierno fue acusado de incentivar económica e ilegalmente a varios senadores para propiciar una nueva reforma laboral. El *affaire* del Senado concluyó con la renuncia del vicepresidente, Carlos Álvarez, y la consecuente salida real del FREPASO de la Alianza. De la Rúa comenzó a quedar solo.

A menos de seis meses de esta debacle política, envuelto en una recesión económica inigualada, el gobierno dimitió en manos de la burguesía: convocó a Domingo Cavallo, a quien otorgó poderes extraordinarios -el

Congreso se autoenajenó en él los poderes legislativos en materia económica. De este modo se consumó la parodia: Domingo Cavallo, quien había obtenido 10.2% de los votos en octubre de 1999, en marzo de 2001 gobernaba el país.

Las parlamentarias de octubre de 2001 fueron el preámbulo de la movilización: el voto en blanco y anulado -llamado periodísticamente el "voto bronca"- creció hasta ocupar el tercer lugar a nivel nacional (véase cuadro 1). Entre las principales fuerzas políticas apenas reunieron poco más de la mitad de los votos. Y el gobierno de hecho estaba en manos de quien sólo había obtenido el 1% de respaldo electoral. La endeble situación político/institucional quedó claramente expresada. Bastó una crisis de liquidez para que en diciembre se precipitaran los hechos y se produjeran las caídas del gobierno real y el formal.

Cuadro 1: Evolución electoral de las principales fuerzas políticas. 1997-2001

	1997	1999	2001
Alianza	45.7	48.5	21.2
PJ (Menem-Duhalde)	36.1	38.0	31.3
Acción para la República (Cavallo)	3.9	10.2	1.0
Blancos y anulados	6.1	s/d	15.4

Fuente: elaboración propia en base a datos del Ministerio del Interior

LAS JORNADAS DE DICIEMBRE

El clima social y político en diciembre estaba enrarecido. El primer fin de semana de ese mes se creó lo que se llamó el "corralito" financiero: la indisponibilidad de dinero en efectivo para todas las cuentas bancarias; sólo se podía operar dentro del sistema bancario. Una consecuencia inmediata de esto fue el ingreso compulsivo de cientos de miles de personas al sistema bancario.

Para el jueves 13 de diciembre las centrales obreras convocaron a la séptima huelga general en el periodo De la Rúa. En este caso, la medida

de fuerza era en repudio a las medidas económicas vigentes a partir del día 3. La huelga general tuvo un alto acatamiento, incluso en la clase media, que tradicionalmente no acompaña estas medidas. En esa jornada acaecieron enfrentamientos con la policía en varias ciudades.

Al día siguiente hubo saqueos a supermercados en Mendoza y varios intentos frustrados en Rosario. El sábado 15 se registraron nuevos saqueos en Mendoza, y también en Concordia, una de las mayores ciudades de la provincia de Entre Ríos. El domingo prosiguieron los saqueos -y enfrentamientos con la policía- en Mendoza, mientras que en Rosario se distribuyeron 7 000 cajas de comida para disminuir la tensión social. El lunes 17 continuaron los enfrentamientos en Mendoza, Rosario y Entre Ríos, mientras que en la provincia de Buenos Aires los comercios pedían seguridad y cerraban sus puertas ante la inminencia de saqueos en el principal estado argentino. El 18 comenzaron los saqueos en el Gran Buenos Aires, y continuaron en el interior del país. El jueves 19 comenzó la debacle. Hubo incidentes en todo el país, con un saldo de siete muertos.

De la Rúa dio un discurso intentando minimizar los acontecimientos; de manera espontánea salieron miles de personas a la calle haciendo sonar sus cacerolas. Dada la situación de estado de sitio (suspensión de los derechos constitucionales, entre ellos, el de reunión), podría pensarse que se trató de una insurrección -desobediencia civil-. En verdad parece haber expresado la situación de vacío de poder real.

A la protesta práctica de los pobres, que saqueaban supermercados, se le sumó la protesta simbólica de la clase media, que estrenó el *cacerolazo*.

El 19 de diciembre hubo cinco muertos en los saqueos, y en los dos días siguientes, 18 más, en saqueos y manifestaciones. De la Rúa intentó un último e infructuoso esfuerzo: convocó a la oposición parlamentaria a formar un gobierno de "unidad nacional". Ante la -esperable- negativa del PJ, ya sin nada de poder, renunció.

2. LA CRISIS Y LAS CLASES EN EL CONFLICTO. ANÁLISIS DE SITUACIÓN

La movilización política en Argentina tiene distintos sujetos: la clase media protagoniza los cacerolazos y las asambleas barriales, éstas particular-

mente en Capital Federal y Rosario, cuya aparición fue reciente, y como reflejo directo de la incautación de los depósitos en el sistema financiero.

El otro sujeto son los desocupados nucleados en el movimiento de *piqueteros*, cuya principal forma de acción fueron los piquetes para cortar las carreteras. Este sector tiene una larga gimnasia, que comenzó en el segundo gobierno de Menem. Su prolongada existencia le fue confiriendo organicidad, lo que le permitió acumular fuerzas al punto de haber realizado varios encuentros nacionales. Tras el primero de ellos el núcleo original se escindió.

Por una parte, la Corriente Clasista y Combativa (CCC) y el FRENAP (Frente Nacional contra la Pobreza), bajo la dirección de una corriente maoísta. Por otra, el Polo Obrero, orientado principalmente por el trotskista Partido Obrero.²⁶ La diferencia sustancial entre ambos está en que los primeros tienen una política de acercamiento con la burguesía industrial y enarbolan un discurso de tinte nacionalista, en tanto los segundos son más intransigentes, planteando -con cierta dosis de ingenuidad- una suerte de *sovietización* de la sociedad tras las consignas "Asamblea constituyente ya" y "Que se vayan todos".²⁷ En tal sentido, los primeros tienden puentes de negociación con el gobierno, en tanto los segundos alientan la agudización de los conflictos, con la perspectiva estratégica de agotar el sistema capitalista.

La composición social de los piqueteros también varía. En la CCC, además de desocupados en general, están encolumnados ex agentes estatales y los gremios estatales. En el Polo Obrero, en cambio, se encuentran mayoritariamente desocupados estructurales, provenientes en su mayoría del sector privado, acompañados por pequeñas fracciones de clase media radicalizada.

La burguesía. La movilización de la burguesía, en tanto, transcurre invisible a los ojos del lego, pese al feroz carácter de su disputa intestina (y a los efectos prácticos en la vida cotidiana de millones de argentinos). Aunque su trama es compleja y no totalmente pública, la principal controversia se da entre el capital ligado al mercado interno y el puramente especulativo (la mayor dificultad analítica está dada en que muchos grupos económicos revisten esta doble condición y su acción es, por lo tanto,

vacilante, ambigua o contradictoria; un ejemplo de ello es el sector automotriz); mientras los primeros dependen en buena medida de la clase media, los segundos no tienen mediaciones para su acumulación.

La virtual quiebra del sistema financiero y la ruptura de la cadena de pagos no son más que efectos de esta pelea. El golpe económico que terminó con el gobierno de De la Rúa comenzó con la fuerte toma de créditos en pesos por parte de los sectores más concentrados del capital.²⁸ El último día de noviembre se retiraron de los bancos depósitos por 1 300 millones de dólares. La indisponibilidad de fondos fue la respuesta del gobierno en esta disputa. Veinte días después se fue el gobierno. Desde entonces se vulneraron todas las normas jurídicas en una de las mayores exacciones de la historia del país, confiscando los ahorros de la clase media en beneficio del capital especulativo.

El gran ausente: la clase obrera. La irresolución de la crisis se debe, en gran medida, a la falta de protagonismo de la clase obrera. La misma no se ha metido en la lucha, pese a sufrir directamente los efectos de la crisis económica.²⁹ Esta ausencia puede deberse, en gran parte -esta es la hipótesis que tenemos-, a la falta de un proyecto político alternativo al agotado proyecto "neoliberal" de la burguesía, y a las condiciones de precariedad de reproducción social. La combinación de ambos factores (independiente de su proporción) potencia los mismos efectos. Y como fondo de ambos, las derrotas de los años setenta y noventa.

La traducción práctica es un rechazo bipolar: de una parte no hay un núcleo que atraiga y dinamice a la clase obrera y, desde la otra parte, las condiciones objetivas de reproducción de la misma atentan contra su inclusión en la disputa política activa.³⁰ Ya no se trata de la amenaza de pasar a revistar en el ejército industrial de reserva, sino de ser socialmente liquidado. Casi cinco millones de personas, de las cuales sólo una parte tiene posibilidades de reinsertarse en el mercado de trabajo, presionan permanentemente a los que tienen un puesto de trabajo.³¹ La clase obrera no percibe como propios los objetos de las movilizaciones, ni tampoco las demandas de la clase media porque no la tocan en sus intereses; ni las de los pauperizados, por cuanto no los incluye en su perspectiva inmediata.

Si bien la clase obrera ha desarrollado y desarrolla sus propias luchas,

el movimiento de diciembre parece haberle resultado ajeno. No se percibe una "aceleración" o intensificación de las luchas que le son inmediatamente propias.³²

En estas condiciones, toda acción tendiente a encontrar una salida a la crisis por una vía no burguesa tiene fuertes limitaciones y escasa probabilidad de éxito.

LA ACCIÓN DE MASAS ¿ESPONTÁNEA U ORGANIZADA?

Las acciones de los días 19 y 20 de diciembre fueron calificadas -en algunos casos- como "espontáneas".³³ En sentido contrario, hay quienes las califican como los más organizados de todos los hechos de los últimos años.³⁴ Y existen elementos para abonar -y desechar- ambas posiciones.

Sostener que fue un movimiento espontáneo resulta difícil con la sola consideración de la relativa sincronización con que actuaron grupos muy diversos: en barriadas muy distantes entre sí se produjeron saqueos casi a la misma hora. Esto es un hecho, independiente de las especulaciones que sobre el mismo se realizaron -se dijo, por ejemplo, que en las barriadas del Gran Buenos Aires, líderes locales del PJ alentaron esa acción, en contra de De la Rúa-. Por otra parte, sabido es que la "espontaneidad" siempre esconde algún grado de artesanía en su confección.

Por el otro lado, quienes sostienen la posición inversa ligan este movimiento a las distintas acciones de resistencia y protesta desarrolladas en la última década, ya que de las mismas se habría desarrollado una conciencia en base a la cual fueron posibles estos hechos. La práctica de los últimos años habría posibilitado, por medio del aprendizaje y la acumulación política y organizativa, la realización de los hechos de diciembre. También este argumento parece endeble toda vez que de ser cierto no podría explicar el relativo reflujo o "meseta" en que entró el movimiento en los meses posteriores, sin que hayan cambiado las condiciones "objetivas" que lo motivaron, ya que caído el gobierno delarruista, Duhalde insiste en los mismos caminos seguidos por aquél. De igual modo, resulta difícil explicar la repentina irrupción de la clase media a la protesta.

La explicación de los hechos debiera partir de una posición que incor-

pore ambos argumentos en una nueva articulación. En tal sentido, resulta plausible hipotetizar que la experiencia acumulada en la última década actuó como "posibilitador" en algunos sectores; quienes participaron de los saqueos ya tenían, efectivamente, un entrenamiento en la lucha vulnerando los códigos burgueses. Pero esto no alcanza a la clase media, que es el otro protagonista de estas jornadas.

La clase media se puso en acción en la huelga de la semana previa. Aunque en los hechos se generó una alianza con los sectores desposeídos, la misma es coyuntural y precaria por cuanto sus intereses mediatos e inmediatos son diferentes: la reacción de la clase media fue espontánea en tanto fue reflejo de la incautación de los ahorros. La razón de esta alianza hay que buscarla más en la inhabilidad del gobierno delarruista que en cuestiones políticas o sociales.

3. PERSPECTIVAS DE LA CRISIS Y LA ACCIÓN DE MASAS

Las jornadas de diciembre marcaron un quiebre en las condiciones políticas argentinas. La inflexión delimitó tanto los alcances de la aplicación del programa "neoliberal", como los límites de la acción política de masas sin la participación activa del sector más dinámico del proletariado.

Estas dos comprobaciones surgen de analizar el relativo equilibrio alcanzado, que puede sintetizarse en una clase política incapaz de gobernar, y la sociedad civil incapaz de constituir una nueva clase política.

Esta suerte de "empate" es la fuente de la actual crisis de hegemonía, cuya persistencia horada el ya degradado sistema institucional burgués de dominación. Se ha alcanzado un relativo equilibrio de fuerzas; las fuerzas que comenzaron a articularse a partir de las revueltas de 1993 lograron detener el avance de la ofensiva capitalista, pero no alcanzaron aún a abrir una situación revolucionaria.³⁵

La crisis en Argentina se resolverá de las únicas dos maneras posibles: por la puerta burguesa o por la vía revolucionaria. Y para cualquiera de las dos falta el principal actor: ni la burguesía "nacional", porque los jirones que de la misma quedan no tienen entidad para hacerlo; ni el proletariado, que por los motivos expresados aún no se ha involucrado

subjetivamente en la acción política. Mientras no haya resolución, el gran capital especulativo internacional seguirá expoliando al pueblo argentino.

NOTAS

¹ Frase atribuida a un ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación: "Lo sensato sería que nos fuésemos todos de una vez. Y que el Ejecutivo designe a una nueva Corte. Pero en la Argentina, lo sensato nunca pasa."

² En Capital Federal y Santa Fe -respectivamente segundo y cuarto distrito en importancia electoral- fue la primera expresión. En Santa Fe, los votos en blanco y anulados prácticamente duplicaron a los obtenidos por la primera minoría. En Rosario, la ciudad santafesina más importante y una de las más afectadas por la crisis económica, sólo el 73 % del padrón se presentó a votar, y de ellos, más del 42 % votó en blanco o impugnó el voto. El voto "bronca" (como lo denominó la prensa) se impuso en cinco de los 24 distritos electorales.

³ Se registraron numerosos hechos de prohibición de entradas a bares y restaurantes, repudios en lugares públicos donde fueron reconocidos y hasta agresiones físicas. Estas actitudes no se dirigen contra los miembros de un partido en particular, sino contra todos los políticos de renombre (Eduardo Menem, Raúl Alfonsín, etc.); incluso se amuralló el Congreso Nacional con un blindaje para protegerlo de las protestas populares.

⁴ Particularmente tras la caída de Perón, en 1955, durante la llamada "resistencia peronista".

⁵ Así lo caracterizó A. Rouquié, dada la continuidad orgánica de esta expresión política, que intervino "de manera excepcional"... sistemáticamente. Hubo golpes de Estado desde 1930. Argentina vivió bajo dictaduras militares en los periodos 1943-45, 1955-58, 1966-73, 1976-83. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986. T. II.

⁶ La sobrevaloración de unos pocos elementos y la notable ausencia de otros están cabalmente reflejadas en el artículo de M. Hernández, "24 de marzo de 1976: ¿Por qué el golpe?", en *Herramienta* Núm. 5, Buenos Aires, verano 1997/98. Allí se considera como signo de avance las movilizaciones obreras de junio y julio de 1975, minusvalorando que las mismas se produjeron como reacción frente a una intempestiva y pronunciada transferencia de ingresos, que no pudieron dete-

ner, y en un marco de deterioro acelerado de las condiciones laborales y políticas, cada vez más adversas a la clase obrera.

⁷ En el decenio 1974-1983 la productividad de la mano de obra creció 37.6 % y el costo salarial descendió 18.6 %. La relación productividad/costo salarial se incrementó en 69%. M. Kavhisse, D. Aspiazu y E. Basualdo; *El nuevo poder económico*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1988, Cuadro 27, p.102.

⁸ Aparecido en el diario *La Nación*, tomado de J. C. Marín, *Los hechos armados*. CICSO, Buenos Aires, 1984, Núm. 52.

⁹ Cf. M. Kavhisse, D. Aspiazu y E. Basualdo, *op. cit.*

¹⁰ Ello explica casi la totalidad de las detenciones-desapariciones de empresarios (3.2 % de los desaparecidos). Cf. Inés Izaguirre, *Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada*, Cuadernos Núm. 9, Instituto de Investigaciones "Gino Germani", Buenos Aires, 1992, cuadro 3, p. 46.

¹¹ Hasta entonces, el peronismo nunca había sido derrotado en una contienda electoral abierta, razón por la que se esperaba un nuevo triunfo electoral del partido en el que se referencia el grueso de la clase obrera.

¹² Muchos politólogos conceptualizaron el hecho como cambio en la cultura política, o de manera más superflua aún, como producto de una diferencia en las campañas políticas y en los candidatos. Ciertamente es que Ítalo Luder, el candidato del PJ, representaba la continuidad con la política de la dictadura, pero la posteridad se ocupó de dejar bien en claro que se trataba de un fenómeno más complejo.

¹³ El lema de la UCeDé, partido de derecha de escasa representación parlamentaria, era "achicar el Estado es agrandar la Nación". Por entonces comenzó la campaña de desprestigio del Estado: ineficiente, sobredimensionado, ámbito de corrupción, etc.

¹⁴ Las sucesivas reformas al derecho laboral realizadas con el pretexto de incentivar el empleo partieron del supuesto de que la flexibilización de las normas jurídicas -esto es, la mayor permisibilidad a la patronal- y la merma en el salario indirecto generarían mayores puestos de trabajo. Pese a que las reformas fueron cada vez más regresivas, la realidad tozudamente demostró lo equívoco de tales supuestos. Véase el gráfico 1.

¹⁵ Tomando como base = 100, abril de 1991 (el 27 de marzo de ese año comenzó el Plan de Convertibilidad, que mantuvo once años la paridad del peso con el dólar estadounidense), en marzo de 2001, exactamente 10 años después, y ya en

plena deflación, producto de la recesión económica, el nivel general de los precios al consumidor habían crecido 50.68% (fuente: INDEC, series históricas). Considerando el congelamiento nominal de los salarios, la baja real de los mismos fue del orden de 34 %.

¹⁶ La endeblez política del FREPASO quedó de manifiesto cuando, pocos meses después de haber obtenido un fuerte respaldo electoral, el ex candidato presidencial, Octavio Bordón, abandonó esa fuerza.

¹⁷ Encuesta Permanente de Hogares (EPH), INDEC, octubre de 2001. De acuerdo a la definición del INDEC, pobre es la persona adulta que tiene un ingreso menor a \$ 150 (aproximadamente 50 dólares) mensuales, o \$ 5 (2 dólares) diarios, o la familia tipo cuyos ingresos no superan los \$ 435 (150 dólares) mensuales. Dentro del núcleo de pobreza, lo que más creció fue la indigencia (adultos que no alcanzan los \$ 61 mensuales o familias tipo con ingresos no superiores a los \$ 178 -60 dólares- mensuales), que se incrementó, en números absolutos, un 356 % en la década 1991-2001 (mediciones de octubre de la EPH).

¹⁸ EPH, INDEC, medición de octubre de 2001. El 10% más rico obtiene 37.3% de los ingresos, mientras que el decil más pobre, sólo alcanza al 1.3% de los ingresos totales. Esta brecha podría ser mayor, ya que los primeros tienden a declarar menores ingresos, mientras que los últimos, por el llamado "efecto vergüenza", declaran ingresos mayores a los reales. Según una estimación (*Clarín*, 31/03/02), esta brecha sería, en realidad, de 45 veces y no de 28.

¹⁹ Se trata en general de zonas productoras de hierro y petróleo, pero también en donde el empleo público (propio del acompañamiento estatal al desarrollo del capitalismo industrial) tenía una fuerte incidencia.

²⁰ En rigor, ocurrieron tanto en la capital provincial como en La Banda, segunda ciudad en importancia en esa provincia. Precedió a ambos el ocurrido en La Rioja.

²¹ La expansión de los mismos puede verse en la siguiente progresión: en 1993 hubo uno; nueve en 1994, 15 en 1995; en 2000 hubo 165. Cf. F. Nievas y P. Bonavena, "Conflictividad social en Argentina", ponencia presentada en las Primeras Jornadas Latinoamericanas de Conflicto Social, Buenos Aires, 2001.

²² Sabido es que la opinión pública es la expresión de la clase media: no interesa lo que piense el pobre. Y el poderoso no necesita decir lo que piensa.

²³ Un indicador de esto es que el diario progresista *Página/12* publicó, desde el inicio del gobierno de Menem, denuncias sobre corrupción. Las mismas no tu-

vieron gran repercusión en la población en general mientras duró la "primavera consumista".

²⁴ La inadecuación de las normas jurídicas, ajustadas a una etapa del capitalismo que está siendo superada, con la expansión de las fuerzas económicas es lo que se llama "corrupción". Se trata de un fenómeno histórico/social muy complejo que se lo reduce a un problema moral, de "honradez". El planteo equívoco conduce, necesariamente, a respuestas equívocas.

²⁵ "No se trataba de volver al Estado de bienestar con pleno empleo y la distribución del ingreso. Era el regreso de la República con división de poderes y poca corrupción". Daniel de Lucía, "La revuelta de diciembre: hipótesis y perspectiva", en *Herramienta* Núm. 19, Buenos Aires, otoño 2002, p. 104.

²⁶ Esto reproduce, de algún modo, la división original entre "piqueteros" y "fogoneros", cuando estos últimos llevaron adelante una política más negociadora. Cf. F. Lizarrague, R. Werner y Ch. Castillo, "Del cordobazo al jujeñazo", en *Lucha de clases*, Núm. 1, p. 17.

²⁷ Esta consigna, levantada por la clase media, también es denotativa del sesgo puramente negativo del movimiento y, por tanto, de su agotamiento en un plazo relativamente breve si no se convierte en un proyecto político de mediano alcance.

²⁸ La Asociación de Trabajadores del Estado denunció esta maniobra, dando a conocer la lista de los créditos otorgados a los grandes grupos económicos en los meses previos al colapso financiero.

²⁹ Se estima que sólo en el mes de febrero de 2002 se perdieron 75 000 puestos de trabajo, y que la desocupación rondaría el 23%.

³⁰ La mención a la disputa "activa" refiere a la continuidad de la lucha de clases como práctica, aun cuando larvada y poco visible (por ejemplo, con ausentismo, pequeños sabotajes, quite de colaboración, etc.).

³¹ La persecución de los activistas políticos monta en torno a éstos un cerrojo que hace muy difícil que cualquiera de ellos vuelva a tener empleo. Funciona una verdadera red de inteligencia privada bajo la forma de "antecedentes laborales", sin control ni regulación estatal de ninguna naturaleza.

³² En la medición sistemática de los conflictos que venimos registrando junto a P. Bonavena, M. Maañón y G. Palumbo desde el último trimestre de 1999, las luchas obreras van creciendo en número, pero no parece haber sido afectadas en su ritmo por los sucesos de diciembre, aunque es una afirmación provisoria dado

que no hemos finalizado el análisis para el periodo.

³³ Esta es la hipótesis presente en M. C. Cotarello e N. Iñigo Carrera, "Linsurrección espontánea. Argentina. Diciembre de 2001", en *Luttas sociais*. Cf. también M. Cotarello, "La insurrección espontánea de diciembre de 2001", en *Herramienta* Núm. 19, *op. cit.*

³⁴ "El levantamiento popular del 19 y del 20 de diciembre pasados fue el más preparado de todos los que lo antecedieron, pues fue la consecuencia de más de una década de huelgas y movilizaciones de derechos humanos y contra el gatillo fácil, pero por sobre todo fue el resultado de la acción del movimiento piquetero y de los cortes de ruta más grande de la historia argentina y de la mayor parte de los países del mundo; fue un General Mosconi y Tartagal a escala de la nación toda." J. Altamira, "La *espontaneidad* de las masas", en *Prensa Obrera* Núm. 735.

³⁵ Cf. Jorge Sanmartino y Manolo Romano, "Crisis de dominio burgués: reforma o revolución en Argentina", en *Estrategia Internacional*, Núm. 18, Buenos Aires, febrero 2002, p. 17.